

ILUSTRACIÓN 3
KURDOS IRAQUÍES DESPLAZADOS REGRESAN A CASA 1991



Fotografía: UNHCR/A. Roulet

estableció centros de recepción de refugiados cerca de su frontera con Azerbaiyán. La política de refugiados de Irán evolucionó durante los años noventa, de ser una de recepción de refugiados e integración, a la intervención más activa para evitar los flujos de llegada o para contenerlos en la frontera. El enorme costo de cuidar a los refugiados tuvo un papel en este cambio de orientación. Sin embargo, los intereses centrales iraníes estaban en riesgo en los conflictos como el de Azerbaiyán ya que los azeris conforman una importante minoría étnica en el norte de Irán.

Los ciudadanos turcos con antecedentes chechenos y circasianos han dado apoyo a los movimientos insurgentes en el extranjero, sobre todo en la federación rusa. La población chechenia había sido subyugada, sacrificada y dispersada por las reglas del imperio ruso antes de 1917; deportada luego durante la Segunda Guerra Mundial por orden de José Stalin. El apoyo dado por ciudadanos turcos de antecedentes chechenos a la rebelión chechenia era típico de la naturaleza transnacional de muchos conflictos políticos en la etapa posterior a la Guerra Fría. Mientras tanto, Rusia definió esta rebelión como terrorismo e

hizo notar que Al-Quaeda estaba fuertemente involucrada. La migración forzada en el pasado constituyó una importante razón de malestar para chechenios, palestinos, judíos, muchos turcos con antecedentes en los Balcanes y otros, además, fue un factor clave de los conflictos en Europa del este. La frecuencia de los desplazamientos no voluntarios de población en la región árabe, quizás estaba ligada a la extrema escasez de estudios sobre la migración en el área, en especial a principios de la guerra del golfo Pérsico (Shami, 1994: 4-6).

África al sur del Sahara

Algunos científicos sociales creen que África, con un cuarto de la masa territorial del mundo y una décima parte de su población, es el continente donde se da la mayor movilidad poblacional (Curtin, 1997: 63-64). El análisis de datos comparativos en la actualidad no podría ser utilizado para verificar o falsear esta afirmación, en parte porque las estadísticas confiables son muy deficientes, en particular respecto a los movimientos de población entre los estados africanos. Sin embargo, en 1990 se calcula que había 30 millones de migrantes internacionales voluntarios en África subsahariana, cerca del 3.5 por ciento de la población total. Los años noventa fueron testigos de un incremento importante de migración involuntaria o forzada; para mediados de la década refugiados y personas desplazadas internamente, excedían en algunos países a los migrantes internacionales voluntarios en razón de más de dos a uno. Para 1997, había aproximadamente 17 millones de migrantes forzados incluyendo a casi cuatro millones de refugiados (Findlay, 2001: 275-278).

África tiene una gran proporción de los estados más pobres del mundo. La migración es con frecuencia una manera de escapar a una pobreza aplastante, e incluso la muerte por desnutrición. Algunos de los estados jamás han tenido un censo. La escasez de la información elemental sobre la población, la ausencia frecuente de documentos de identidad y el hábito de algunos individuos de declararse como nacionales de un Estado, cuando en realidad lo son de otro, vuelven particularmente difícil el análisis de la migración internacional en África al sur del Sahara.

El África subsahariana genera flujos significativos de salida de migrantes intercontinentales, sobre todo a Europa occidental, aunque también a Norteamérica y el oriente. Muchos de estos flujos se dirigían tradicionalmente a los antiguos poderes coloniales, por ejemplo: los congolese emigraban a Bélgica, los senegaleses a Francia y los nigerianos al Reino Unido. Muchos emigrantes tienen educación universitaria, por lo que la pérdida del escaso capital humano a través de la "fuga de cerebros" ha sido una preocupación de hace tiempo. La migración intercontinental se ha diversificado, sin embargo, con mayor frecuencia

cada vez incluye a migrantes laborales escasamente educados. Los africanos subsaharianos emigran en números significativos a países como España, Portugal, Italia, Canadá y Estados Unidos. Pero el grueso de la migración internacional proveniente de los países permanece en el continente. Una pregunta clave para el futuro es: ¿se sostendrá este patrón? Algunos analistas afirman que las disparidades cada vez más amplias entre el norte y el sur en los aspectos socioeconómicos y demográficos ya están cambiando el patrón (Ouedraogo, 1994).

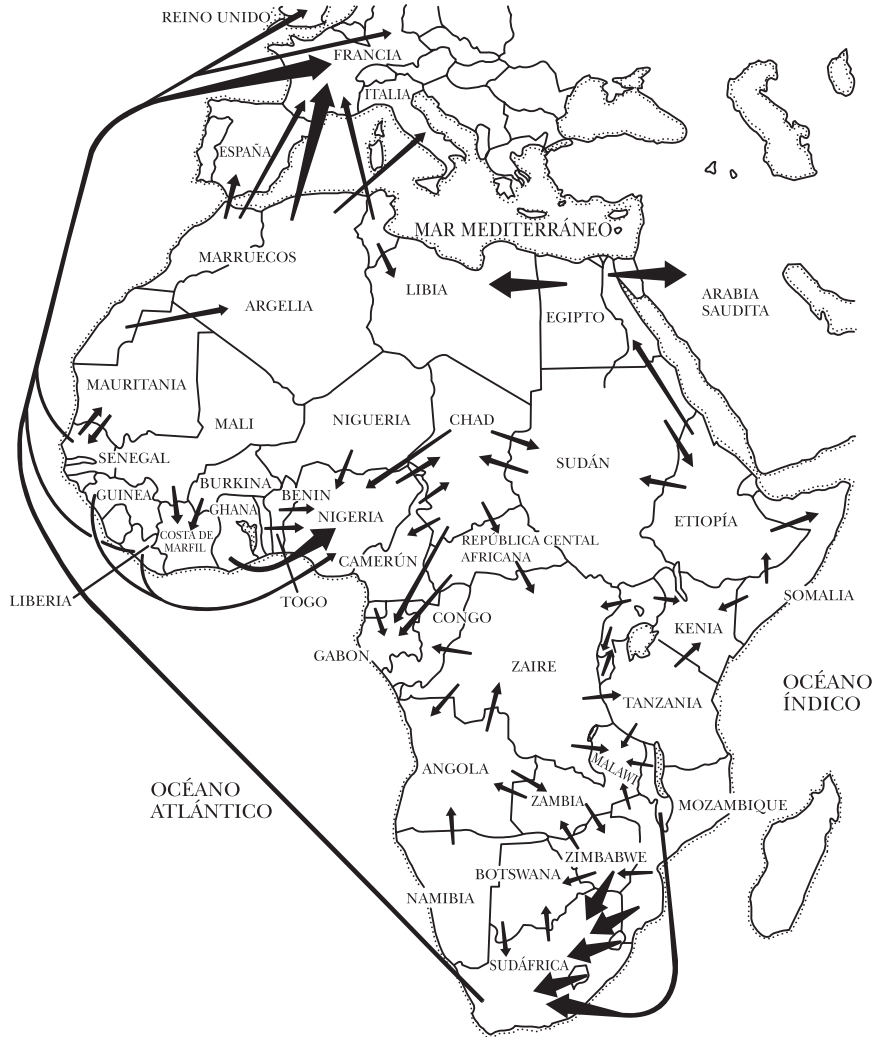
Aunque en la región árabe el legado del colonialismo influye aún con fuerza en los modelos migratorios, la presencia europea cambió la localización de la actividad económica y el comercio hacia áreas costeras, produciendo migraciones desde el interior que han persistido después de la independencia. Los poderes coloniales conformaron al continente en entidades político-administrativas (que más tarde se convirtieron en estados independientes) con poca atención por la congruencia de las fronteras étnicas y territoriales. Los miembros de un grupo étnico con frecuencia son ciudadanos de uno o más estados contiguos o cercanos, mientras que en muchos estados incluyen a miembros de varios grupos étnicos. Esto implica la confusión respecto al estatus legal o la identidad nacional, lo mismo que a tradiciones de movimiento por fronteras internacionales, que con frecuencia están escasamente demarcadas y controladas.

El periodo colonial no sólo trajo a África occidental administradores y granjeros europeos, sino también comerciantes sirio-libaneses, al igual que comerciantes y trabajadores del subcontinente hindú al este y sur de África. En el periodo posterior a la independencia, estas poblaciones por lo general se convirtieron en minorías privilegiadas pero vulnerables. Las poblaciones de colonizadores con orígenes europeos, a menudo partieron *en masse* cuando se concedió la independencia, con desastrosos resultados económicos, pues habían jugado un papel importante en la agricultura, los negocios y el gobierno. Los efectos en cascada del periodo colonial se sintieron mucho tiempo después de que hubo terminado.

En Kenia por ejemplo, las mejores tierras se destinaron y distribuyeron a los granjeros británicos. Cuando huyó la mayoría de los colonizadores europeos, éstas regresaron al gobierno keniano, que las distribuyó entre los kikuyus y otros grupos étnicos dominantes en ese entonces en el gobierno. Para los años noventa el poder dentro de éste había cambiado y el presidente Moy ayudó provyendo los ataques de los miembros de las tribus de pastores como los masai que reclamaban las tierras usurpadas por los británicos. La violencia esporádica mató a 1,500 personas y desplazó internamente hasta 300,000 kenianos. La presión de los países donantes sobre el gobierno keniano llevó a que se aprobara de mala gana la iniciativa de un Programa de Desarrollo ONU para el establecer de nuevo a esos desplazados. La mayoría perdió sus tierras convirtiéndose

MAPA 6
MIGRACIONES DENTRO Y DESDE ÁFRICA, 1970-2000

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



en marginado y gente sin hogar. Algunos lograban cultivar sus tierras durante el día pero las abandonaban en la noche por miedo a la renovada violencia. Muchos perdieron todo y subsistían como trabajadores temporales o gracias a la caridad. Estas secuelas del colonialismo explican por qué África incluía 16 de

las 41 poblaciones con mayor número de personas desplazadas internamente en el año 2000 (USCR, 2001: 6). Tan sólo en Sudán se calcula que hay cuatro millones de desplazados internamente.

En el periodo posterior a la Guerra Fría hubo repatriaciones a gran escala de refugiados y reasentamientos de desplazados internamente. A inicios de los años noventa se calculaba que existían 5.7 millones de personas originarias de Mozambique que habían sido desplazadas de su país, lo que incluía 1.7 millones de refugiados y cuatro millones internamente desplazados. Para 1996 la mayoría había retornado a casa (USCR, 1996: 12). De 1990 a 1996 unos cuatro millones de refugiados africanos fueron repatriados, sobre todo a Etiopía, Eritrea, Mozambique, Zimbabwe, Namibia, la República de Sudáfrica posterior al *apartheid* y Uganda. A finales de 1996 y principios de 1997 decenas de miles de ruandeses se repatriaron también desde Tanzania cuando el gobierno les ordenó partir. Muchos regresaron desde Zaire para escapar combatiendo entre los insurgentes, elementos de los ejércitos de Ruanda, Zaire y la milicia hutu de Ruanda y los ex soldados atrincherados en campos de refugiados. Algunos analistas señalaron estas repatriaciones y reasentamientos a gran escala de la era posterior a la Guerra Fría para refutar la “teoría del caos” que veía a África como condenada a la desintegración política, la miseria masiva y pérdida en gran escala de las raíces de sus poblaciones (USCR, 1996: 12). Esta visión regional más optimista se vio cuestionada por las tragedias que se desarrollaban en Sierra Leona y Liberia a finales de los años noventa al igual que por los eventos en la región de los Grandes Lagos en África central (véase recuadro 3).

África subsahariana ha sido testigo de la proclamación de numerosas organizaciones internacionales, con el propósito de retirar las barreras al comercio y el libre movimiento de bienes, capital y personas. Por lo general estos acuerdos han sido puestos en práctica de manera poco efectiva o se ven contradichos por las políticas y prácticas de los estados miembros (Ricca, 1990: 108-134; Adepoju, 2001). A pesar de la existencia de muchas zonas en las que nominalmente existe la libertad de movimiento para los nacionales de los signatarios de estos acuerdos, hay una gran cantidad de migración ilegal.

La migración ilegal en el África subsahariana es variada y compleja. Con frecuencia se le tolera en periodos de buenas relaciones y prosperidad económica, para luego ser reprimida durante las crisis económicas o periodos de tensiones internacionales. Las expulsiones masivas de Nigeria en 1983 y 1985 fueron las más significativas en términos de personas desarraigadas –hasta unos dos millones– pero son parte de un esquema mucho más amplio. Un choque entre los pastores de Mauritania y los granjeros de Senegal en el valle del río Senegal en 1989 cobró 250 vidas y trajo como resultado la repatriación de 70,000 senegaleses y 170 mauritanos. El conflicto tenía sus causas en una crisis

RECUADRO 9
MIGRACIÓN DE MANO DE OBRA
HACIA LA REPÚBLICA DE SUDÁFRICA

El reclutamiento de trabajadores extranjeros a la República de Sudáfrica (RSA) ilustra el vínculo entre la migración laboral y la dependencia económica y política; características de buena parte de África. Las raíces se remontan al período colonial. La mayoría de los trabajadores reclutados durante el *apartheid* de Mozambique, Botswana, Lesotho, Swazilandia y Malawi, laboraron en las minas de oro, menos del 10 por ciento en la agricultura y otras industrias no mineras. Lesotho y Swazilandia son estados mediterráneos con fronteras hacia la RSA (Lesotho de hecho está rodeado completamente por la RSA). Estas poblaciones apenas pueden obtener medios de la agricultura para subsistir. La ausencia de oportunidades económicas hizo del empleo en las minas de la RSA la única posibilidad para muchos, a pesar de los rigores del trabajo y el alto riesgo de lesiones o muerte.

El reclutamiento a la RSA estaba altamente organizado. Muchos de los candidatos eran rechazados pues se les sujetaba a una serie de pruebas físicas y de aptitud. Quienes tenían éxito eran transportados por aire, ferrocarril o autobús a las minas, donde vivían en albergues. Prácticamente sólo se contrataba a varones, la mayoría jóvenes. Se les daban contratos que les exigían volver a casa después de uno o dos años de trabajo. En 1960 había unos 600,000 trabajadores extranjeros en la RSA. La cifra descendió a 378,000 para 1986. En 1973 la proporción de extranjeros en la fuerza de trabajo minera compuesta por negros permanecía en el 79 por ciento. Para 1985 se había reducido a sólo 40 por ciento. Hubo un cambio en el reclutamiento de trabajadores extranjeros provenientes de los estados independientes, a favor de uno mayor de gente que provenía de las recién creadas “tierras de negros”, debido al miedo del régimen sudafricano de ser desprovisto de mano de obra extranjera como resultado de las políticas que se oponían al *apartheid* (Ricca, 1990: 226-228).

Con el fin del *apartheid* se generó una nueva era en la RSA. La “internalización” del empleo en las minas continuó y algunos mineros extranjeros se convirtieron en residentes legales. Con las áreas previas de “terruño” (*homeland*) que enfrentaban una pobreza aplastante, no había escasez de trabajadores potenciales. La decadencia del *apartheid* permitió la normalización de relaciones diplomáticas y económicas largamente interrumpidas entre la RSA y sus vecinos. Uno de los problemas centrales que enfrentó el gobierno posterior al *apartheid* fue la migración no autorizada desde fuera. Se había dado una migración ilegal considerable desde los países vecinos como Mozambique durante la era del *apartheid*. Las medidas de seguridad, incluyendo una cerca electrificada en la frontera, hicieron bastante peligrosa la entrada ilegal. Desde la caída del *apartheid* el ingreso no autorizado creció enormemente. Los africanos provenientes desde tan lejos como Ghana, se dirigieron en masa hacia “El Dorado” sudafricano. Entre tanto hubo una repatriación substancial de sudafricanos, mientras que los que habían sido obligados a reubicarse en los *homelands*

buscaban regresar a casa. El desempleo general y la anarquía posterior complicaron el cuadro.

Los inquietos socios del gobierno posterior al *apartheid* con frecuencia tenían visiones contrastantes sobre la migración ilegal. Ciertos líderes sindicales y del Congreso Nacional Africano (CNA) favorecían las políticas que reflejaran la solidaridad internacional que había sido tan importante durante la larga lucha contra el *apartheid*. Otras facciones estaban a favor de políticas más draconianas para evitar más ingresos no autorizados y expulsar a los inmigrantes ilegales. Para 1996 el gobierno había dado inicio a un programa de legalización para extranjeros que cubrieran ciertos criterios. También planeaba sancionar a los patrones. La RSA siguió reclutando mano de obra extranjera de los estados vecinos, un total de 51,000 mineros y 200,000 de los estados miembros de la Comunidad de Desarrollo de África del Sur (CDAS) hicieron solicitud y se aprobaron 103,000 solicitudes para 1997. El censo de 1996 no proporcionaba información exacta sobre la migración ilegal a la RSA porque los cuestionarios no planteaban la pregunta acerca del estatus. De ahí que se siguieran haciendo cálculos ampliamente contradictorios de los inmigrantes ilegales, que iban de 2.5 a ocho millones (Bernstein *et al.*, 1999). Las deportaciones aumentaron de 158,000 en 1995 a 181,000 en 1996 (Adepoju, 2001: 63).

ecológica que se dio por una larga sequía, pero se exacerbó debido a las enemistades étnicas (Kharoufi, 1994: 140-144). En 1991 muchos zaireños que vivían en el Congo fueron expulsados. El director de la policía del aire y la frontera en el Congo dijo que tres cuartas partes del millón aproximado de zaireños en el Congo serían expulsadas (Noble, 1991). Las tensiones sobre la llegada no regulada de zaireños y otros extranjeros habían ido aumentando por algún tiempo. Los extranjeros eran vistos como una contribución al rápido crecimiento poblacional en las desordenadas áreas suburbanas y como culpables del abuso de los recursos. Los zaireños fueron señalados por un especialista como responsables del vicio (Loutete-Dangui, 1988: 224-226).

Esta situación contrastaba con el caso nigeriano, donde técnicamente el empleo ilegal de los extranjeros que procedían de la Comunidad Económica de los Estados Africanos Occidentales (CEEAO) era visto con beneplácito del gobierno nigeriano durante un periodo de expansión económica. A mediados de los años setenta muchos trabajadores de Ghana entraron y encontraron trabajo en la construcción y los servicios (Adepoju, 1988: 77). Un revés en la economía, junto con la inestabilidad en el gobierno de Nigeria, además de las deterioradas relaciones entre Nigeria y Ghana dieron lugar a una política más estricta y expulsiones masivas. Una académica enumeró 23 expulsiones masivas conducidas por 16 estados diferentes entre 1958 y 1996 (Adepoju, 2001: 60-61).

Tomando a África en su conjunto, hay razones para un profundo pesimismo respecto al futuro de la migración. Los estándares de vida han decaído y la inestabilidad política es endémica en muchas áreas. Por otro lado, se dieron algunas historias de notable éxito económico en los años noventa, como la de Ghana, así como una tendencia a la democratización en todo el continente (Chazan, 1994). El registro de las siete organizaciones y grupos regionales sobre la regulación de la migración internacional no parecía destinada a mejorar; debido a que las grandes disparidades socioeconómicas entre los estados miembros implicaban flujos tendenciosos y a veces unidireccionales hacia los estados miembros más ricos (Adepoju, 2001: 61-64). El tráfico de mujeres y niños parecía incrementarse. Los casos de jóvenes que se escondían en el tren de aterrizaje de las aeronaves y que luego se encontraban aplastados y congelados en Europa fueron emblemáticos de la falta de esperanzas y la tensión que se encuentran en la base de los crecientes movimientos poblacionales.

La gran cantidad de refugiados y PID en África es síntoma del proceso de construcción de la nación y de la formación de estados (Zolberg *et al.*, 1989), que se puede comparar con otros similares en Europa en los siglos XVI al XX. También ahí las minorías étnicas y religiosas se enfrentaron con la persecución, mientras la guerra y la dislocación económica eran rampantes. Los estados de Europa occidental tardaron siglos en resolver los temas básicos de la identidad nacional y la legitimidad política. El África subsahariana, como buena parte del mundo previamente colonizado, ha debido confrontar un amplio espectro de temas de la modernización en las décadas posteriores a la independencia. Esta es la causa que subyace en la proliferación de refugiados y personas desplazadas internamente.

Hasta el momento puede decirse que relativamente pocos refugiados africanos han salido del continente. En vista de los considerables recursos –tanto financieros como culturales– necesarios para trasladarse a los países desarrollados y las considerables barreras erigidas por las potenciales áreas de recepción, la probabilidad de que grandes cantidades de refugiados africanos puedan salir en el futuro parece pequeña. Desafortunadamente esto puede ayudar a explicar por qué la comunidad internacional respondió con tanto retraso y de manera tan inadecuada a la matanza masiva en Ruanda y ante las tragedias relacionadas en Zaire, hoy República Democrática del Congo.

América Latina y el Caribe: cambio de área de inmigración a emigración

La enorme y diversa área al sur de Estados Unidos en ocasiones se representa conformada por cuatro áreas principales.

1. El cono sur comprende Brasil, Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, sociedades en las que la mayor parte de la población es de origen europeo. Fue un área de establecimiento masivo de inmigrantes que provenían de Europa, aunque también tuvo flujos de otros lugares: por ejemplo, Brasil recibió esclavos africanos hasta el siglo XIX y trabajadores japoneses desde finales del siglo XIX hasta los cincuenta del XX.
2. El área de los Andes, al norte y al oeste, difiere porque los indios y mestizos (personas de antecedentes mixtos europeos e indios) comprenden el grueso de la población. La inmigración desde Europa durante los siglos XIX y XX fue menos significativa.
3. Centroamérica: las sociedades se componen sobre todo de personas con antecedentes indios y mestizos, aunque hay excepciones como Costa Rica.
4. El Caribe, compuesto en forma predominante por gente de origen africano, aunque también la hay con ascendencia europea y asiática.

Buena cantidad de países no se ajusta a estas cuatro áreas, pero la categorización sirve para subrayar cómo, desde 1492, la inmigración ha afectado en formas diversas el área en su conjunto, cómo muchas de estas sociedades se forjaron por la inmigración.

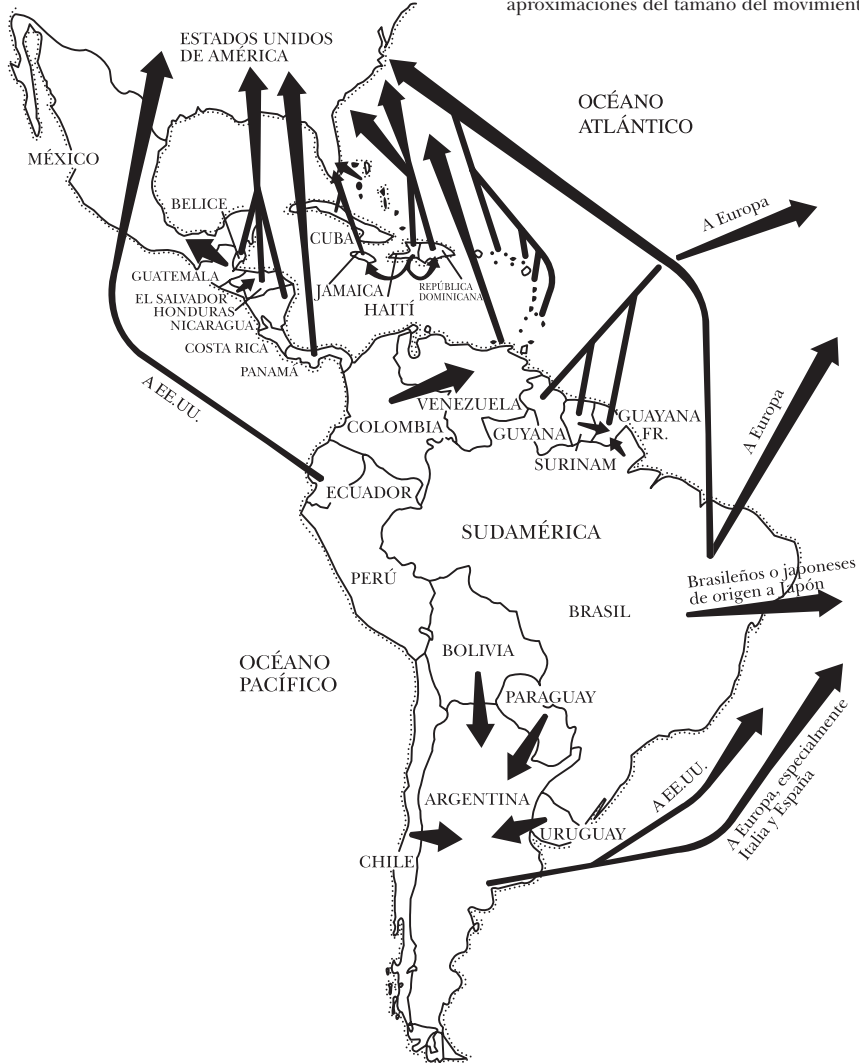
De Lattes y De Lattes (1991) calculan que América Latina y el Caribe recibieron cerca de 21 millones de inmigrantes de 1800 a 1970. Se calcula que la migración más grande fue la de los tres millones de italianos que llegaron a Argentina. El grueso de inmigrantes llegó de España, Italia y Portugal; la mayoría de ellos fue al cono sur. Estados como Argentina y Uruguay estimularon la inmigración hasta el periodo de entreguerras. La depresión económica de los años treinta trajo consigo cambios significativos en las políticas de inmigración. Aparte del flujo de italianos que se dio de 1947 a 1955, para los años treinta la inmigración masiva proveniente de Europa era cosa del pasado (Barlán, 1988: 6-7). Venezuela constituyó una excepción notable a este patrón, pues hasta el gobierno de Pérez Jiménez (1950-1959) había recibido pocos inmigrantes de origen europeo. Casi 332,000 personas, sobre todo de origen italiano, se establecieron ahí bajo el régimen de Pérez Jiménez. Si bien la llamada política de puertas abiertas se acabó con el derrocamiento del gobierno militar en 1958 (Picquet *et al.*, 1986: 25-29).

A medida que disminuyeron los flujos intercontinentales de entrada provenientes de Europa, se desarrollaron migraciones intracontinentales (o intrarregionales). En el Caribe durante el siglo XIX predominó la migración laboral, el fin de la guerra de El Chaco entre Paraguay y Bolivia en 1935, por ejemplo, trajo consigo cantidades significativas de gente que desertaba del ejército boliviano hacia el noroeste de Argentina. Algunos se emplearon en la agricultura. Esto marcó el ini-

MAPA 7

MIGRACIÓN DENTRO Y DESDE LATINOAMÉRICA, 1970-2000

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



cio de una migración laboral por temporadas de Bolivia a Argentina, la que duró más de tres décadas, hasta que la mecanización redujo la necesidad de mano de obra. Este flujo permaneció sin regulaciones hasta 1958, cuando se firmó un acuerdo bilateral para proteger a los migrantes bolivianos (Barlán, 1988: 8-9).

De manera similar, en los años cincuenta y sesenta, los migrantes laborales paraguayos y chilenos comenzaron a encontrar empleo en el noreste de Argentina y Patagonia, respectivamente. Los trabajadores extranjeros se difundieron de las áreas agrícolas a los principales centros urbanos. Los inmigrantes solteros, sobre todo varones, pronto se reunieron con sus familias, creando barrios de inmigrantes ilegales en algunas ciudades. Su ingreso y empleo parecen haber sido tolerados, en la medida en que se les veía como capaces de contribuir al crecimiento económico y la prosperidad; visión que sólo se cuestionó hasta los años setenta (Sanz, 1989: 233-248). A partir de 1948, el gobierno argentino ajustó sus leyes y políticas para permitir a los trabajadores extranjeros ilegales rectificar su estatus. La migración irregular o ilegal es la forma predominante de migración en América Latina, pero esto no se vio como un problema sino hasta finales de los años sesenta (Lohrmann, 1987: 258).

Venezuela es otro país donde se considera necesaria la legalización. Con el decremento de la inmigración proveniente de Europa y el crecimiento económico vinculado al petróleo, millones de colombianos se trasladaron a Venezuela. Muchos llegaron a través de los *Camino Verdes*, sobre los cuales un guía los conduciría para cruzar las fronteras (Mann, 1979). Otros lo hicieron como turistas y se quedaron más allá de la vigencia de su visa. Para 1995 se pensaba que dos millones de personas residían ahí de manera ilegal, la mayoría de ellas colombianos (Kratochwil, 1995: 33). No sólo la industria petrolera, sino también la agricultura, la construcción y un conjunto de industrias, atrajeron a los migrantes. Los ingresos a la baja en Colombia y la atracción de la moneda venezolana más fuerte, constituyeron factores significativos para hacer atractivo el trabajo en Venezuela en los años ochenta (Martínez, 1989: 203-205). Muchos colombianos migraron a las áreas cercanas a la frontera entre Venezuela y Colombia y muchos se convirtieron en migrantes a corto plazo (Pelligrino, 1984: 748-766). Sin embargo, la mayor parte de la población extranjera con residencia ilegal, cerca del 10 por ciento de la población total de Venezuela, de 20 millones, vivía en las principales ciudades (Kratochwil, 1995: 33). Otros dos millones residían legalmente (Dávila, 1998: 18).

Los trabajadores colombianos temporales ayudaban por tradición a cosechar el café en Venezuela, y los acuerdos bilaterales de mano de obra entre los dos países se firmaron en 1951 y 1952. El Tratado de Tonchala en 1959, obligaba a los dos gobiernos a legalizar a los nacionales provenientes del otro país que estuvieran ilegalmente empleados, si era posible encontrar empleo legal. En 1979 se firmó el Pacto Andino que obligaba a los estados miembros a legalizar a los residentes ilegales provenientes de los otros estados (Picquet *et al.*, 1986: 30). Esto llevó a la legalización venezolana en 1980. A pesar de que los cálculos eran de 1.2 a 3.5 millones de residentes ilegales en una población total

de casi 13.5 millones, sólo de 280,000 a 350,000 extranjeros se legalizaron (Meissner *et al.*, 1987: 11). O las estimaciones eran muy altas, lo que parece probable, o el programa no tuvo éxito para transformar el estatus de muchos residentes ilegales.

En Colombia, en los años noventa, la violencia relacionada con las drogas y la inestabilidad política, pues el gobierno enfrentaba insurgencias de izquierda, empujó a decenas de miles hacia Venezuela (Kratochwil, 1995: 15). Una caída económica y medidas de austeridad en este país aceleraron un intento de golpe de Estado, también el creciente desorden político contribuyó a que se dieran flujos significativos de salida de ciudadanos venezolanos. En 1995, cientos de éstos solicitaron asilo en Canadá, lo que llevó a las autoridades canadienses a restablecer el requisito de visa para los turistas venezolanos (Kratochwil, 1995: 33). El gobierno venezolano amenazó con deportar en masa a la población extranjera residente ilegalmente, pero no es claro si tenía la intención y los medios para cumplir su amenaza.

Las políticas de legalización puestas en práctica en Argentina y Venezuela fueron testimonio del carácter cambiante de la migración dentro de América Latina. La migración laboral dentro de la región había sustituido la proveniente de Europa. Según un reporte de 1993, basado en análisis de la información del censo de 1980, unos dos millones de latinoamericanos y caribeños vivían en la región, fuera de su país de nacimiento. Aunque los extranjeros latinoamericanos y caribeños no excedían el 10 por ciento de la población total de cualquier país de la región “se ha dado un incremento en la última época, tanto de la magnitud total de la movilidad dentro de América Latina como de la importancia relativa de los latinoamericanos y caribeños en la migración entre regiones” (Maguid, 1993: 41).

El periodo posterior a la Guerra Fría en América Latina y el Caribe estuvo marcado por esfuerzos para renovar y expandir los instrumentos de integración regional como el Mercosur y el Grupo Andino (Gran) (Derisbourg, 2002). El primero incluye Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, con una población total de 210 millones. El segundo lo conforman Bolivia, Colombia, Perú y Venezuela, con una población total de 113 millones. Los movimientos de personas que cruzan las fronteras nacionales dentro de estos bloques regionales eran una preocupación importante. Sin embargo, la coordinación y la cooperación se veían limitadas por una información inadecuada (Maguid, 1993). Al analizar los esfuerzos previos del Grupo Andino con respecto a la migración laboral, Kratochwil concluyó que “la cantidad significativa de trabajo ha sido ineficiente en última instancia y las agencias administrativas se han desplomado erráticamente” (Kratochwil, 1995: 17). Como en la región árabe y el África subsahariana, América Latina y la región caribeña tienen historias de proyectos de

integración regional con logros escasos en el manejo de la migración internacional.

Una segunda característica notable del periodo posterior a la Guerra Fría en América Latina y el Caribe reflejó los desarrollos que se suscitaron en otros lugares durante 1990. Hubo importantes repatriaciones de refugiados después de acuerdos de paz en algunos países, pero el surgimiento de nuevos conflictos en la región originó flujos de refugiados. Los acuerdos de paz más significativos se alcanzaron en Centroamérica, cuando las luchas en El Salvador, Nicaragua y Guatemala se abatieron. En los años ochenta cerca de dos millones de centroamericanos fueron desarraigados, pero la ACRNU sólo reconoció como refugiados unos 150,000 (Gallagher y Diller, 1990: 3). México, Estados Unidos y Costa Rica repatriaron guatemaltecos, nicaragüenses y salvadoreños, respectivamente.

Sin embargo, la situación política en los tres países siguió tensa. Hubo varios reportes de muertes de guatemaltecos al retornar, muchos de ellos eran indios. Los migrantes guatemaltecos continuaron llegando a Estados Unidos. Su presencia fue cada vez más evidente en la agricultura, con mano de obra intensiva, y en la industria de procesamiento avícola. La mayor parte de guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses en Estados Unidos no se repatrió a pesar de los acuerdos de paz. Entre 1984 y 1994, más de 440,000 centroamericanos solicitaron asilo en este país. Se rechazó la mayor parte de las solicitudes, pero la generalidad de los solicitantes se quedó (Martin y Widgren, 1996: 35). En 1986 Estados Unidos aprobó una nueva ley para detener la inmigración ilegal el entonces Presidente de El Salvador, Napoleón Duarte, escribió al Presidente estadounidense quejándose de que ésta amenazaba la estabilidad de El Salvador porque las remesas de los salvadoreños en Estados Unidos eran vitales para la economía. Otros líderes latinoamericanos expresaron preocupaciones similares, pero en buena parte eran exageradas (Mitchell, 1992: 120-123). Mientras hubo algunas repatriaciones de nicaragüenses provenientes de Costa Rica, en un tono parecido, muchos otros permanecieron. En 1993, Nicaragua y Costa Rica firmaron un acuerdo laboral bilateral respecto al empleo de nicaragüenses en la agricultura costarricense (Maguid, 1993: 88). El empleo ilegal de los nicaragüenses estaba muy difundido en Costa Rica y constituyó una cuestión cada vez más importante en las relaciones bilaterales entre los dos países.

El flujo haitiano de salida hacia Estados Unidos formó parte de un cambio más amplio en los países latinoamericanos y caribeños. Para los años setenta, la región era exportadora neta de personas. Las razones que subyacen a este cambio histórico son muchas, además, la transición no ocurrió de la noche a la mañana. Desde el periodo colonial, los migrantes caribeños habían

arribado a las costas del este y sur de lo que es ahora Estados Unidos. Los flujos hacia el norte se acentuaron durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los trabajadores caribeños fueron reclutados para cubrir puestos relacionados con la defensa en las posesiones caribeñas de Estados Unidos, en especial las Islas Vírgenes, y para trabajo agrícola en el continente. Los orígenes del programa de trabajadores temporales extranjeros en las Indias Occidentales británicas, que reclutó a miles de trabajadores anualmente para ser empleados en la agricultura estadounidense, que continuó hasta los años noventa como el llamado programa H-2A, no tuvieron muchas diferencias con el de trabajadores extranjeros temporales de mucho mayor tamaño que se estableció entre México y Estados Unidos.

El reclutamiento temporal de mano de obra, después de 1970, contribuyó a desencadenar los flujos masivos de inmigrantes ilegales y legales provenientes de América Latina y el Caribe hacia Estados Unidos y Canadá. Pero las causas del cambio han de encontrarse también en otros factores: el descenso en la fortuna económica de la región, su explosión demográfica, la migración rural-urbana, la inestabilidad política y la guerra. Muchos de estos factores adicionales no pueden verse como estrictamente internos. Las políticas establecidas por Estados Unidos, como la intervención en América central, tuvieron un papel claro en el enorme cambio que vio convertirse el área en una de emigración neta. El vínculo estaba más claro que en ninguna otra parte en el caso de República Dominicana, donde la participación de Estados Unidos en el asesinato de Trujillo, el Presidente dominicano, en 1961, trajo como resultado la emisión masiva de visas a los dominicanos para evitar una revolución al estilo cubano (Mitchell, 1992: 96-101).

Hasta 1990 el único factor importante de la emigración hacia Estados Unidos, Canadá y ciertos países de Europa occidental fue el nivel descendente en el desempeño económico. El PIB per cápita bajó agudamente en los años ochenta, lo que algunos llamaron la “década perdida por la deuda” (Fregosi, 2002: 443). La renovación democrática y una tendencia hacia la liberalización de las economías latinoamericanas a principios y mediados de los años noventa impulsó en forma breve las economías latinoamericanas antes de que una sucesión de crisis económicas acabara con el área. Para el año 2000 se estimaba que 78 millones, de una población total en América Latina de 480 millones, vivían debajo de la línea de la pobreza. La liberalización de las políticas incrementó la ya severa desigualdad en países como México y Argentina. En este último, el índice Gini, que mide la desigualdad, se incrementó de 34.5 en 1974 a 50.1 en 1998. Una consecuencia fue el creciente deseo de la población argentina por emigrar. Según una encuesta del año 2001, el 21 por ciento de los argentinos deseaba emigrar y un tercio de los que tenían entre 28 y 24 años de edad (Fregosi, 2002: 436).

RECUADRO 10
BRACEROS HAITIANOS EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Una de las migraciones más notables en la subregión caribeña es el empleo de *braceros* haitianos (algunos fuertemente armados), en la cosecha de caña de azúcar en República Dominicana. Esta migración se da entre dos estados históricamente antagonistas cuyas poblaciones combinadas conformaban en el año 2002 casi la mitad de la población total de la región caribeña.

Cada año, entre noviembre y mayo, los haitianos ingresan para obtener un empleo relacionado con la cosecha, tanto legal como ilegalmente. Estos trabajadores eran en forma predominante hombres, pero algunas familias los han seguido, lo que ha traído como resultado el establecimiento definitivo. A inicios de los años ochenta, el cultivo de azúcar representaba sólo el 12 por ciento de la tierra labrada, pero la mitad de todas las exportaciones y un quinto del ingreso recibido por el gobierno. A pesar del alto desempleo en República Dominicana, prácticamente toda la cosecha de azúcar la realizaban haitianos. Algunas razones por las que los dominicanos rechazaban ese empleo eran las terribles condiciones de trabajo y el pago a los *braceros* haitianos. En 1937, unos 15,000 haitianos fueron masacrados en el lado dominicano de la Isla de Española. En 1979, la sociedad en contra de la esclavitud, con sede en Londres, describió a los trabajadores haitianos de la caña de azúcar como sujetos a esclavitud (Péan, 1982: 10). Cada año el gobierno de la República Dominicana pagaba al haitiano para asegurar la provisión de *braceros*. En 1980-1981, pagó 2.9 millones de dólares por 16,000 *braceros* (French, 1990). Este arreglo se terminó sólo en 1986 cuando el dictador haitiano “Baby Doc” Duvalier se vio forzado a partir rumbo a su lujoso exilio en Francia.

Subsecuentemente los intereses del azúcar en la República Dominicana se basaron cada vez más en los reclutadores para encontrar los 40,000 trabajadores que se calcula son necesarios para la cosecha. En 1991, después de las elecciones democráticas en Haití y las críticas internacionales en ascenso acerca de las condiciones de los trabajadores haitianos, el gobierno dominicano ordenó una expulsión masiva de haitianos. Muchos de los más de 10,000 individuos expulsados eran de extracción haitiana que habían resido largamente en la República Dominicana o habían nacido ahí (French, 1991: 15). Esta expulsión masiva contribuyó a desestabilizar la frágil democracia haitiana. El derrocamiento del presidente Aristide en septiembre de 1991 llevó a un renovado flujo de salida de emigrantes a Estados Unidos. La guardia costera de Estados Unidos interceptó a la mayoría y la detuvo en la instalación naval estadounidense de la bahía de Guantánamo, en Cuba, antes de ser repatriados.

En 1994, la intervención militar estadounidense en Haití reinstaló a Aristide en el poder. Sin embargo, la crisis socioeconómica y política empeoró. El empleo de haitianos en la industria de la caña de azúcar en la República Dominicana, descendió a 20,000, pero creció en sectores como la construcción. En el año 2001, fuentes autorizadas situaban en 500,000 la población de haitianos y sus descendientes en la República Dominicana (Alexandre, 2000: 18), cerca del 6 por ciento de la población total. Casi la mitad de los haitianos era residente

RECUADRO 8 (*continuación*)

a largo plazo o nacida ahí, pero no se la consideraba ciudadana (Segura, 2002: 4).

Las deportaciones de los haitianos a gran escala continuaron. Entre agosto del año 2000 y enero del 2001, la Guardia Nacional Dominicana reportó un total de 45,000 deportados (Segura, 2002: 5). Las negociaciones iniciadas por la IOM entre República Dominicana y Haití, empezaron en 1996, con el objeto de facilitar la cooperación bilateral en las deportaciones humanitarias, el registro de haitianos y un posible programa de legalización. Pero la violencia contra de haitianos siguió y miembros corruptos de la Guardia Nacional facilitaron el tráfico de migrantes haitianos (Alexandre, 2001: 51-53). Algunos líderes políticos dominicanos temían que la potencial implosión de Haití condujera a una crisis regional de migración, y veían ésta como una amenaza a la seguridad.

Entre las tendencias notables de la migración latinoamericana a principios del siglo XXI, se encuentra la emigración creciente hacia Europa occidental, en especial España, que firmó varios acuerdos bilaterales de reclutamiento de mano de obra con países sudamericanos. Los ecuatorianos ocupan un lugar prominente en las protestas en España a favor de la legalización. El crecimiento en la migración brasileña y argentina hacia Europa y Norteamérica también es notable. La mayor parte era ilegal y se dirigía a la región noreste de Estados Unidos, mientras que los solicitantes argentinos para la doble ciudadanía con España aumentaron del mismo modo que lo hicieron las solicitudes de visas hacia Estados Unidos entre los años 1999 y 2000 (Fregosi, 2002: 436). El tráfico creciente de personas se hizo evidente en América Latina y muchos países sirvieron como puntos de tránsito sobre todo hacia Estados Unidos y Canadá.

El combate a la migración irregular era una de las principales metas del Proceso de Puebla, formalmente, la conferencia regional sobre migración comenzaba en 1996. Once estados norteamericanos y latinoamericanos se habían convertido en participantes para el 2000 y otros cinco eran observadores. De los 11 procesos consultivos regionales supervisados por la IOM, el Proceso de Puebla se consideró como uno de los más exitosos (Klekowski von Koppenfels, 2001: 34-38). Sin embargo, la cooperación bilateral y regional en muchos temas relacionados con la migración irregular siguió siendo muy problemática.

El gobierno de México denunció el número creciente de muertes de migrantes en su frontera con Estados Unidos. Calculaba que 2,000 migrantes habían muerto desde 1994, y en el periodo más reciente de dos años, un promedio de uno por día (Nieves, 2002: A12). La mayoría de los observadores estuvieron de acuerdo en que el incremento en las muertes al cruzar la frontera estaba aso-

ciado con el reforzamiento de las medidas de vigilancia. Las medidas de la patrulla fronteriza como la Operación Guardián, iniciada en 1994, incluyeron el aumento en el personal de vigilancia de la frontera, barreras físicas y mejoras en el equipo de supervisión. Esto llevó a los migrantes a confiar más en los traficantes, quienes con frecuencia intentaban cruzar hacia Estados Unidos a través de áreas remotas y peligrosas (Andreas, 2001).

Tras la “luna de miel” en las relaciones entre Estados Unidos y México, que llegó a su fin en septiembre del año 2001 (véase recuadro 2 y capítulo 4) el futuro de la relación en la migración de ambos países, el nexo migratorio bilateral más importante en el mundo, siguió siendo nebuloso. Los 9,000 millones de dólares estadounidenses en remesas que México recibe cada año de los migrantes se han convertido en un punto de apoyo importante para la economía mexicana. Alrededor de la mitad de los 8 o 9 millones de mexicanos que viven en Estados Unidos, tiene estatus legal, y millones se han convertido en ciudadanos estadounidenses. Una reforma permitió a los ciudadanos estadounidenses con antecedentes mexicanos convertirse en dobles ciudadanos de México; el presidente Fox y su administración vieron con claridad a la población de origen mexicano en Estados Unidos como un aliado en las relaciones entre los dos países. En efecto, el gobierno mexicano estableció una estrategia de fortalecimiento del transnacionalismo entre las personas con antecedentes en México que residían en Estados Unidos, estado de cosas que ilustró que el transnacionalismo difícilmente depende de los estados (Smith, 2001).

Las tendencias y patrones generales en las migraciones de América Latina en los años noventa parecían susceptibles de prolongarse. La mayor parte de la emigración continuará hacia Estados Unidos y Canadá, y la escala de las migraciones intrarregionales, palidecerá en comparación.

Conclusiones

Es costumbre diferenciar entre categorías de migrantes y regiones de migración. Pero es importante darse cuenta que todos los movimientos tienen raíces comunes, y se encuentran estrechamente interrelacionados. La penetración occidental desencadenó profundos cambios en otras sociedades, primero a través de la colonización, luego del involucramiento militar, los vínculos políticos, la Guerra Fría, el comercio y la inversión. El aumento en la migración se debe a rápidos procesos de cambio económico, demográfico, social, político, cultural y ambiental, que surgen de la descolonización, la modernización y el desarrollo desigual. Estos procesos parecen destinados a acelerarse en el futuro, lo que llevará a dislocaciones y cambios aún más grandes en las sociedades, y por tanto a migraciones incluso mayores.

De ahí que el ingreso de los países del sur en el ámbito de la migración internacional pueda verse como resultado inevitable de la creciente integración de estas áreas en la economía mundial y en los sistemas globales de relaciones internacionales e intercambio cultural. Estos nuevos movimientos migratorios son una continuación de procesos históricos comenzados en el siglo XV, con la expansión colonial europea, la difusión subsiguiente de nuevos valores filosóficos amén de prácticas económicas y culturales en el globo.

El primer efecto de la inversión extranjera y el desarrollo es la migración rural-urbana, y el crecimiento de las ciudades. Dejar atrás las formas tradicionales de producción y las relaciones sociales, para trasladarse a las ciudades florecientes, es la primera etapa de cambios sociales, psicológicos y culturales fundamentales que crean las predisposiciones para migraciones posteriores. Trasládarse de la agricultura campesina hacia una ciudad como El Cairo, Sao Paulo o Lagos, puede ser un paso mayor para muchos, que el traslado subsiguiente hacia una "ciudad global" como París o Los Ángeles.

Resulta, por lo tanto, inadecuado analizar la migración como un fenómeno aislado; simplemente es una faceta del cambio social y del desarrollo global. Las diferentes formas de migración-emigración permanente, trabajo por contrato, profesionistas en tránsito, estudiantes y refugiados –surgen todas de estos cambios más amplios. Las categorías son interdependientes: por ejemplo, un movimiento de refugiados puede comenzar una migración permanente, o la suspensión del reclutamiento legal de trabajadores puede llevar a movimientos ilegales. Las migraciones surgen de vínculos complejos entre diferentes sociedades y ayudan a crear otros vínculos. La movilidad de las personas seguirá siendo un tema clave en las estrategias de desarrollo en el mundo menos desarrollado, al igual que un elemento de importancia en las relaciones norte-sur.

Lecturas recomendadas

Las publicaciones de la Organización Mundial del Trabajo y la Organización Internacional para la Migración, en especial la serie de los *International Migration Papers* de ILO, son particularmente útiles para la región árabe, la región subsahariana y América Latina. La serie de cuatro volúmenes publicada por Appleyard sobre *Emigration Dynamics in Developing Countries* (1998-1999) es invaluable, como lo son Stichter (1985), Appleyard (1988, 1991), Stahl (1988) y Stalker (1994, 2000). Para las perspectivas globales sobre la migración Harris (1995), Martin y Widgren (1996), Bernstein y Weiner (1999), Siddique (2001) y Zolberg y Benda (2001) son también obras iluminadoras.

Para la región árabe, Shami (1994) es una autoridad. Kerr y Yassin (1982) y Semyonov y Lewin-Epstein (1987) aportan información sobre las migraciones laborales respecto a los países árabes e Israel. Para el África subsahariana, Ricca (1990) y Adepojou en Siddique (2001) son los más valiosos. Mitchell (1992) ofrece un panorama excelente de la relación entre la política exterior de Estados Unidos y la migración del hemisferio occidental.

